

'PADRE': UNA ESTRUCTURA INCONCIENTE

EL COMPLEJO PATERNO

Alberto Loschi

Desde el psicoanálisis podemos considerar que 'padre', más que la referencia a una persona, es una estructura inconciente que actúa en el seno de una familia imprimiéndole sus características, influyendo en su devenir y participando en sus avatares[1]. Cada integrante de la misma se posiciona y es posicionado en relación a esa estructura inconciente 'padre'. Frente a ella se es tanto activo como pasivo ya que ningún miembro la ha configurado ni la dirige. Es anterior a los padres y a los padres de los padres. Es aquello que, siendo lo más propio, nos acompaña en la vida como lo extraño e impersonal que habita en nosotros y con lo que debemos relacionarnos. De ese modo va tejiéndose en entramados complejos de los que resultan distintas configuraciones.

Participa en forma preponderante en la elección de pareja sexual y las vicisitudes del complejo de Edipo van a estar marcadas de entrada por la misma. Será quizás en el complejo de castración donde su influencia revestirá las más importantes consecuencias.

En Freud encontramos tres referencias nodales y una observación ejemplar que aluden a esta estructura inconciente, el complejo paterno. La primera es el mito de Edipo, la segunda el mito del asesinato del padre de la horda primitiva y la tercera la construcción que despliega en "Moisés y la religión monoteísta". La observación ejemplar es la descripción que hace de "la novela familiar del neurótico"[2]. El valor de las mismas no debe medirse por su grado de concordancia con la realidad sino por dar palabra -y en ese sentido el mito es ejemplar- a una estructura inconciente desde la cual leer la realidad y en nuestro caso particular, como psicoanalistas, la realidad de la transferencia.

Repasemos sucintamente estas referencias.

El mito de Edipo habla del hijo que mata al padre y toma a la madre como objeto sexual.

El mito del padre de la horda da las claves que permiten acercarse a 'padre' como estructura inconciente. En su construcción da cuenta de la prohibición del incesto y para ello introduce un padre mítico, prehistórico, que por ser vigente y eficaz podemos llamar 'real', diferenciándolo de cualquier padre de la realidad[3].

Ese "padre violento, celoso, que guarda para sí a todas las mujeres y expulsa a sus hijos a medida que crecen" (3), es odiado y envidiado por la banda de

hermanos sometidos y excluidos. Finalmente, unidos, el clan de hermanos realiza “lo que cada uno de ellos, tomado individualmente, hubiese sido incapaz de hacer” (3): matan y devoran al tirano y “mediante el acto de absorción realizaban su identificación con él” (3). “Después de suprimirlo, después de haber satisfecho el odio y realizado la identificación debieron abandonarse a manifestaciones afectivas de exagerada ternura”...“experimentaron un sentimiento de culpabilidad”...y de ese modo “el muerto adquirió un poder mucho mayor del que había poseído en vida” (3). “Lo que el padre había prohibido en tiempos lejanos por el sólo hecho de su existencia, los hijos se lo prohíben a sí mismos en virtud de esa ‘obediencia retrospectiva’” (3). Prohibieron el asesinato del tótem y la unión sexual con la mujer codiciada. La prohibición del incesto y la adoración del tótem resolvían la rivalidad fraterna que siguió al asesinato y que dividía y disgregaba al clan.

Ese mítico padre muerto, siempre ya muerto, es el eje de la estructura inconciente ‘padre’. Y así como en su construcción el mito da un origen a la religión, mutatis mutandi podríamos decir que la estructura inconciente ‘padre’ es la ‘religión’ propia de cada familia y vigente en cada sujeto, su ‘Genius’^[4]; hace a sus valores, sus creencias, sus cualidades.

Subrayemos ahora los puntos que articulan esta estructura:

Hay un padre mítico, omnipotente, ajeno a la castración que es impuesta a todos los hijos.

Los hijos odian y aman a ese padre, lo envidian y veneran, quieren parecerse a él ya que posee todas las mujeres.

Unidos en un clan lo asesinan y devoran. Consuman así la identificación con él.

Satisfecho el odio brota el amor y el sentimiento de culpa. Erigen entonces a ese padre muerto como objeto de culto en el tótem y a cuyo respecto cada cual cargará con una deuda-culpa sin fin. "El muerto tendrá un poder mucho mayor del que había poseído en vida".

Por esa deuda-culpa se le consagrará el culto de una "obediencia retrospectiva": la prohibición del incesto, la ley que impone la castración a todos los hijos.

Si la castración (prohibición del incesto) define lo humano ese padre omnipotente es lo no humano de lo humano, la excepción a la regla de la castración. Mas su poder de instituir la ley sólo lo tiene en tanto muerto. La vigencia de la ley se sostiene pues en un fundamento violento, el crimen primordial, que debe ser borrado del estatuto de la misma aunque, por su carácter inconciente, "nunca es pasado ni está olvidado".

Si asociamos esa violencia criminal a pulsión de muerte concluiremos que 'padre' es la estructura inconciente que la contiene, ya ligándola, descargándola, derivándola. De allí la complejidad que tiene en la cultura la figura 'padre',

apareciendo en su carácter salvador, redentor y también nefasto, terrible. Desde nuestra perspectiva el ser continente de pulsión de muerte da a esta estructura su carácter religioso[5].

En "Tótem y Tabú", y más aún en "Moisés y la religión monoteísta", continúa Freud esta construcción.

Muerto el padre 'no se acabó la rabia', por el contrario brota la rivalidad fraterna amenazando dividir y disgregar el clan. La pulsión de muerte que el mítico padre administraba en su arbitrariedad omnipotente queda libre y recae, como una peste[6], sobre el clan. Surge entonces el tótem como aquello capaz de contenerla al conmemorar en sí al padre muerto y, por la misma razón, se vuelve tabú[7]: incesto y parricidio quedan interdictos. El tótem simboliza esa prohibición.

En esa "renuncia pulsional" cada hijo resignaba el conquistar para sí la posición del padre y la posesión de madre y hermanas. El poder vacante, no ocupado directamente por los hijos, pasa a las mujeres. Adviene el matriarcado, un poder que se sostiene en la díada madre-hijo[8].

Para los hijos varones la 'memoria' de la vigencia del poder de aquel padre se manifestará ahora en ser elegido por la madre, ser investido por el poder que ha pasado a ésta[9]. Es la época de los héroes, de la que el mito de Aquiles es ejemplar.

Posteriormente “el derecho materno fue relevado por un régimen patriarcal restablecido” (4) mas estas divinidades masculinas, los nuevos padres, “nunca alcanzaron la omnipotencia del padre primordial” (4). Eran muchos, convivían en asociaciones mayores y estaban limitados por estatutos sociales.

El paso siguiente de esta construcción es el retorno del dios-padre único en el monoteísmo al que Freud asocia un importante progreso en la espiritualidad grávido en consecuencias: “en el desarrollo de la humanidad lo sensual es avasallado poco a poco por lo espiritual y los seres humanos se sienten orgullosos y enaltecidos por cada progreso en ese sentido. Pero uno no sabe decir por qué habría de ser así. Y luego sucede, además, que la espiritualidad misma es avasallada por el fenómeno emocional, de todo punto enigmático, de la creencia” (4).

En efecto, con el monoteísmo surge el fenómeno del credo, el creer, la creencia. Es un dios en el que debe creerse. Tal creencia se sustenta en “que cada fragmento que retorna del pasado se abre paso con un poder particular, ejerce sobre las masas humanas un influjo de intensidad incomparable y reclama unos títulos de verdad irresistibles, frente a los que permanece impotente el veto lógico” (4). En el nuevo dios retorna la memoria de aquel padre mítico suscitando el fenómeno de la creencia.

Resulta de sumo interés que en su desarrollo hacia la “espiritualidad”^[10] la institución del padre desemboque en el creer. Merece que nos detengamos un poco en la cuestión del creer y la creencia.

Si como dice Freud la creencia brota de “fragmentos del pasado” que irrumpen con “intensidad incomparable y reclaman unos títulos de verdad irresistibles” comprendemos que la estructura de la creencia es la misma que la del delirio. En ambos casos un núcleo de verdad oculto trasmite su fuerza de verdad a lo incierto y arbitrario sobre lo que recae. Sin embargo, en el espectro de la creencia hay grados y entre los polos de la capacidad de creer y el delirio tales gradientes también arrastran diferencias cualitativas.

Es interesante que la etimología de creer sea oscura e incierta, es decir que no podemos ‘creer’ del todo en aquellas que se propongan o a la inversa, tal vez necesitemos ‘creer’ porque son inciertas. Como si ‘creer’ fuese siempre ‘no creer del todo’. A eso alude el significado de la palabra, en latín ‘credere’ es ‘dar fe o asenso’ y el diccionario de la R.A.E. en su primera acepción dice: “Tener por cierto algo que el entendimiento no alcanza o que no está comprobado o demostrado”, es decir, tener por cierto algo que es...incierto. Esto ya nos acerca nuevamente a la cuestión del padre al recordar el famoso aserto (y aserto alude a certeza) “mater certissima, pater semper incertus est”. Es decir, si creemos en la certeza del aserto, la madre es cierta, en el padre hay que creer.

Pero ¿cómo es posible creer en algo incierto?

En este punto recurramos a nuestra creencia en el psicoanálisis. La partícula in de in-cierto alude a la negación de algo cierto, o sea, en in-cierto suponemos la represión de algo cierto. Y, como citábamos de Freud, es lo cierto reprimido lo que da crédito (por transferencia) a lo in-cierto. Claro que así como no es aconsejable dar un crédito sin avales, del mismo modo lo in-cierto debe cumplir ciertos requisitos para recibir crédito: lo 'in-cierto' debe venir a sustituir lo 'cierto' despertando sus memorias que lo avalen, o dicho de otra manera, lo 'in-cierto' debe ser metáfora de lo 'cierto'. Este también es el fenómeno de la transferencia[11].

La conclusión, en cierto modo paradójica, que resulta de este excursus es que para creer no hay que estar en 'lo cierto' y en tal sentido la capacidad de creer es el motor de la cultura ya que toda actividad humana es el arte de navegar en el mar de lo in-cierto, y creer es el navío que impide naufragar en el inceso de lo cierto. Tal naufragio es lo que ocurre en el delirio o el fanatismo al quedar trastocado lo in-cierto por lo cierto.

La cultura, que es 'la naturaleza' del hombre, resulta de este pasaje de lo 'cierto' a lo 'in-cierto', o dicho en el lenguaje del complejo de Edipo: es el pasaje de la 'mater certissima' al 'pater incertum', de la identidad de percepción a la identidad de pensamiento, del desear al creer, del 'ver para creer' al 'creer para ver'.

Las etimologías seguramente son diversas pero, al menos en nuestro idioma, hay una homofonía entre creer y crear, creer y crecer, creer y querer. Tal vez esa asociación superficial homofónica refleje una asociación profunda que cala más hondo. La capacidad de creer resulta de una prohibición: que lo 'cierto' quede sustraído como posibilidad y entonces se abre la posibilidad de creer, de crear, de querer, de crecer. Ese sería el don que da el padre. Curiosamente es un don que parte de una sustracción: la prohibición del incesto.

Complejo de Edipo y complejo de castración

La estructura inconciente 'padre' es aquello que siendo nuestro no nos pertenece, no ha sido originada en nosotros, sino que nos ha dado origen, es en nosotros más que nosotros mismos, es vigente y eficaz para cada cual desde mucho antes de llegar al mundo. Para ese momento ya están trazadas las líneas de fuerza por las que transitará el complejo de Edipo de la historia personal.

Reparemos que el desarrollo del mismo es homólogo a la construcción mítica que reseñamos.

El asesinato del padre, su devoración y la identificación con él se corresponden con la identificación directa previa a toda investidura de objeto (ello-yo indiferenciado; parricidio primitivo). La omnipotencia fálica pasa a residir en 'el tótem', el falo de la madre, que conmemora a ese padre prehistórico (yo ideal). La identificación al mismo hace a "his majesty the baby" (narcisismo in-fantil), es

el elegido por la madre, la que administra y financia ahora ese poder. Es el momento del vínculo fusional con la madre en el que el in-fante 'es' el falo, el de la omnipotencia fálica, al precio de una dependencia incondicional al poder materno. Es que la omnipotencia de in-fancia es un estado psíquico particular que no se sostiene solo; requiere el sostén materno.

La dependencia in-fantil, más que por prematuración biológica, resulta de la misma omnipotencia que no se sostiene sin 'financiamiento' externo.

La identificación directa ('comer el padre') ha implicado contraer una deuda de 'carne' y es la madre la que 'financia' esa deuda. El cómo y cuánto lo haga dependerá de la estructura inconciente 'padre' vigente en la madre (y por ende en la pareja parental), de ello resultará la duración y el modo de caída de ese estado psíquico particular; el estado de 'in-fancia'[12] [13].

Para continuar la metáfora, tal 'financiación' puede hacerse con respaldo o sin respaldo.

Hacerla con respaldo implica remitirse a otra instancia más allá de la madre. Esa instancia es la palabra de un padre que, veladamente, ya participa en el modo de configuración de la relación fusional mamá-bebé propia del estado de in-fancia. Cuando esa palabra tiene en la díada el valor de un tercero aporta la semilla de realidad que, a su debido momento, podrá germinar posibilitando al in-fante diferenciarse de la imaginería fálico-especular. Esa palabra de un padre será un apoyo valioso en el atravesamiento del complejo de castración.

Cuando la 'financiación' carece del respaldo de la palabra de un padre esa otra instancia es imaginaria y, acabado su tiempo, caerá.

En tal caso la salida de la identificación fálica que implica el complejo de castración carecerá de aquello que posibilite incluir la diferencia[14], perturbando su atravesamiento y dejando cicatrices duraderas en su resolución.

Es el momento que acontece con el 'retorno' del padre que muta el estado de in-fancia, releva el poder materno y sepulta la certeza de ser el único e irrestricto poseedor de la reina madre. Así queda sepultada la omnipotencia fálica y la in-fancia entra en su amnesia; es el instante traumático del complejo de castración.

Mas este nuevo padre ya no es aquél primitivo, lo que lo distingue (cuando se distingue) es el uso de la palabra; él 'tiene' el uso de la palabra. Mientras aquel mítico padre primitivo 'es' el falo, ajeno a la castración, el nuevo padre 'tiene' el uso de la palabra.

'Ser' el falo le da un carácter sagrado, 'tener' el uso de la palabra es el poder que posibilita profanar lo sagrado devolviéndolo al uso[15].

¿Cómo puede el 'tener' el uso de la palabra lograr eso?

¿Cuál es el valor de la palabra?

Decíamos en un trabajo anterior (6) que lo que define lo humano es el participar de la castración. En el mito el clan de hermanos aparece bajo el estigma de la castración en relación y referencia a ese padre primordial, exceptuado de la misma. Tal referencia hace a la unión del clan. Recordemos que el tótem, al conmemorar y contener al padre muerto, es el símbolo en el que el clan se reconoce como comunidad. Ese era el sentido originario de símbolo. Symbolon era, en los griegos, un signo de reconocimiento, los miembros de un grupo se reconocían al confrontar las dos mitades de una medalla u objeto roto –el symbolon-. Símbolo es así lo que hace nexo, lazo social, lo que remite a un origen común en un padre. Cuando decimos: “la bandera es símbolo de la patria”, la bandera es equivalente de aquella medalla rota que remite a un origen común, a un pater que de algún modo se distingue del grupo social. Es la excepción que ‘confirma la regla’. El símbolo, considerado así, contiene pues la memoria de aquel padre muerto.

Si la castración hace a lo humano remitiendo a aquella figura mítica (lo no humano de lo humano), la palabra es el symbolon que lo autentifica. La palabra contiene así memorias del padre muerto y en ese sentido es su metáfora. Lo humano, marcado por el estigma de la castración desde aquel mítico asesinato, es esa ‘medalla rota’ que busca a su ‘otro’ y los canales en que puede haber encuentro están trazados por la palabra. El valor de la palabra está dado por ser metáfora del padre muerto y hacer así lazo social. La palabra, al circular y ser de uso común por los miembros del grupo, es profana y se separa del carácter

sagrado del padre muerto que permanece tabú. La palabra, como metáfora, es un nombre sustitutivo para lo que no debe nombrarse; el tabú (Werner, citado por Agamben) (2).

De ahí que el 'tener' el uso de la palabra del nuevo padre le otorgue a éste su potencia de profanar lo sagrado-tabú y lo distinga de la omnipotencia del padre primitivo. Esa es la potencia del nuevo padre que releva del dominio materno. La palabra viene a sustituir la omnipotencia de in-fancia y en ese sentido es su metáfora.

Si la omnipotencia fálica del padre primordial era 'lo cierto', su sepultamiento abre a 'lo in-cierto', el reino de la palabra (como metáfora de 'lo cierto'). Y en la palabra se cree o no se cree ya que, por ser 'in-cierto', para que reciba 'crédito' debe tener su aval.

Eso es lo que se juega con el 'retorno' del padre en el momento del complejo de castración. Su palabra puede tener el aval de la madre o no. Si lo tiene podrá relevar el dominio materno y la identificación -secundaria- a ese padre convierte al niño en agente activo de la palabra. Ese es el poder que da el padre y que permite el pasaje de la omnipotencia fálica a la posibilidad de potencia genital, de 'ser' el falo a 'tener' el uso de la palabra. En esa transformación la palabra ya no es 'falo' es un 'don' y es la circulación del don -la palabra-, como en las tribus primitivas, lo que rige y ordena los lazos sociales, donde se juega y actúa la potencia de la palabra.

Tal potencia se rige por la lógica del don que, como reseñamos en otro trabajo (7), se distingue de la lógica económica[16].

Cuando el padre no recibe ese aval, cuando carece de la potencia genital[17] que resulta del 'uso' de la palabra y le da valor a la misma, la castración que implica la caída de la omnipotencia puede ser brutal determinando ya la renegación de tal caída, con las diversas maneras de identificación fálica que distorsionan la relación con el uso de la palabra y con la ley, ya encontrando refugio en la neurosis manteniendo en suspenso la posibilidad de potencia genital.

En tales casos la persona de la realidad que ocupa el lugar de padre en la familia queda cubierta para el hijo por una imagen de fortaleza omnipotente o debilidad invalidante.

En cualquier caso lo que domina es la imaginería fálica ya quede puesta en la imagen de un padre terrible, reflejo de aquel primordial o en la madre que, unida a su propio padre, desestima a su partenaire. Las combinaciones que resultan de la estructura inconciente 'padre' dominante en la pareja parental son diversas y diversos los modos en que influirán en el complejo de castración, pero allí donde prevalezca la imagen fálica por sobre la palabra esto se traducirá

en que la circulación del don de la palabra entre padre e hijo se verá sensiblemente perturbada y con ella el acceso a la potencia genital.

Nos resulta apropiado citar como ilustración de esto último (no como ejemplo ya que 'los ejemplos' abundan) el caso Kafka. Hacerlo no nos parece un abuso desde el momento en que la relación de Kafka con su padre ha sido expuesta por él mismo en su célebre "Carta al padre" (5).

Así comienza la misma:

"Querido padre: Una vez, hace poco, me preguntaste por qué decía que te temía. Como de costumbre, no supe qué contestarte, en parte precisamente por el miedo que me das..."

Ese miedo, como se corrobora en todo lo que sigue, se sustenta en una imago padre (actuante en ambos) que trastorna todo posible diálogo entre ellos.

Así como tenemos la carta de Kafka que ilustra la brutal incomprensión de ese padre, también podríamos imaginar una hipotética carta de éste en la que le reprochase al hijo la imposibilidad de comunicación con él. Ambos, separados y atenazados (en el sentido de sujetados y torturados) por esa imago que los domina, quedan presos de ella, culpándose mutuamente (la carta termina en un diálogo imaginario de inculpación recíproca).

Kafka nunca pudo independizarse de ese padre, describía esa atadura como “las sacudidas de una mosca en la tira de papel engomado”, y, cuando lo intentó, al poco tiempo murió[18].

La brutal vivencia de castración se transparenta a lo largo de toda la carta.

“Años más tarde, aún me perseguía la visión torturadora de ese hombre gigantesco, mi padre, que en última instancia casi sin causa podía venir una noche y transportarme de la cama a la terraza: a tal punto era una nulidad para él”

O también:

“Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desnudábamos en una caseta de baño. Yo, flaco, débil y angosto; tú, fuerte, grande y ancho. En esa caseta me sentía miserable y no sólo frente a ti, sino ante el mundo entero, porque eras para mí la medida de todas las cosas”.

“Te transformaste para mí en lo enigmático de todos los tiranos, cuyo derecho se basa en su persona y no en el pensamiento”.

Quizás donde más describe su ‘castración’ es al hablar de su imposibilidad de contraer matrimonio.

“... ¿por qué no me he casado entonces?...”El obstáculo esencial...es que, según parece, soy incapaz de casarme. Esto se hace patente en el hecho de que, a raíz del momento en que me decido a casarme, padezco insomnio, me duele la

cabeza día y noche, ya la vida no es vida y, desesperado, voy tambaleante de un lado a otro”.

Luego explica que el casamiento sería la mejor garantía de liberación e independencia, pero que si construyese un matrimonio quedaría más preso pues es lo que guarda más estrecha relación con su padre.

La paradoja de que casarse sería la mejor liberación e independencia y, a la vez, lo que lo dejaría más preso por ser y hacer lo que hace y es el padre refleja la paradoja que Freud pone en boca del superyó, “puro cultivo de pulsión de muerte”: “como yo debes ser, como yo no debes ser”.

Esa imago padre, reflejo directo del padre primordial, dueño de todas las mujeres es expresamente descripta en las siguientes líneas:

“...casarme me está prohibido, precisamente por el hecho de que es la jurisdicción más propiamente tuya. En ocasiones me imagino el mapamundi extendido y tú, acostado sobre él de punta a punta. Y entonces me siento como si para mi vida apenas pudieran tomarse en cuenta aquellas zonas que, o bien no se hallan cubiertas por ti, o bien están fuera de tu alcance. Y de acuerdo con la idea que tengo de tu tamaño no son muchas ni muy consoladoras las regiones que quedan y especialmente el matrimonio no se halla entre ellas”.

Esa zona ‘liberada’, como se sabe, fue la escritura, aún cuando todo lo que escribió, según él mismo afirma, estaba dirigido al padre.

Por lo que conocemos éste carecía de cultura, no así la madre y sobre todo su familia de origen con la que Kafka se sentía más ligado considerándose más un Lowy (apellido materno) que un Kafka.

El dominio de ese padre sobre el 'mapamundi' fue tal que Kafka había ordenado que se quemasen todos sus escritos al morir. El espacio libre de escritura se limitaba a su intimidad. Felizmente su amigo, Max Brod, ajeno a la influencia de ese complejo paterno, no respetó esa orden y abrió al mundo el genio de su escritura.

Y acá se abre un enigma ¿de qué se trata ese 'genio'?

El padre le demandaba, ambivalente y arbitrariamente, encarnar una omnipotencia, un imposible de grandeza y fortaleza ante el que sucumbió, castrado.

Mas el genio de su escritura ¿no es un 'retorno' sublimado de un padre primordial, excepcional y único frente a todos? ¿No cubrió con su escritura la casi totalidad del 'mapamundi', opacando también la figura trivial de ese padre de familia?

Como 'hombre' se sintió fracasado al no casarse y tener hijos. Mas, si el 'no casarse' y 'no tener hijos', formulado en negativo, lo pasamos a la positividad de lo inconciente, resulta que estar fuera de la 'ley' del matrimonio es ser 'dueño de todas las mujeres' y 'no ser padre' es ser 'el que mató a todos los hijos'. Donde el 'hombre' fracasó el 'genio' triunfó.

Ese 'genio', como el padre primordial ¿no trasparenta acaso lo no humano de lo humano?

Ese era el sentido que los latinos daban a 'Genius'^[19]; una suerte de espíritu ya benévolo, ya malvado que orientaba las acciones humanas desde el nacimiento y con el que debía guardarse una relación que calificaban como "indulgere Genio" (Horacio): "A Genius es preciso condescender y abandonarse, a Genius debemos conceder todo aquello que nos pide, porque su exigencia es nuestra exigencia" (1).

¿Cuál fue la relación de Kafka con su 'genius'?

Por su carácter fundamentalmente inconciente más enigmática y compleja que aquella que él describe con su padre. Ésta sólo muestra un matiz de aquella, más oscura. Por de pronto su 'genius' lo sobrevivió y fue luego de la muerte de Kafka que ese 'genius' cumplió lo que Kafka había asignado a su padre: cubrir la totalidad del mapamundi.

La relación que describe con el padre está marcada por el odio, el temor, la envidia, el resentimiento y una rebeldía sumisa. Con 'genius' parece haber habido una entrega absoluta, como la que describen los latinos, un amor devoto incondicional al que ofrendó su vida. La identificación a ese 'genius' era mayúscula y correlativa de un primario sentimiento de culpa. Fue quizás esa identificación y ese sentimiento de culpa lo que obró para que ordenara que a su muerte toda su obra fuera quemada; sacrificar su Yo de autor a ese 'genius' y

mantenerlo/se como sagrado. Fue Max Brod, su amigo, una suerte de padre póstumo que profanó esa orden y puso su obra en 'contacto' con el mundo, la transformó en don al donarla al uso común de los hombres.

Ese 'genius', una forma del padre primordial, se distingue del hombre Kafka. Resulta apropiado poner en boca de este último lo que dijo de sí mismo su gran admirador, Borges: 'Yo he de sobrevivir en Kafka no en mí, si es que alguien soy'[20]. Kafka, un nombre...como todo nombre, símbolo del padre muerto. ¿Y el hombre Kafka? Si consideramos lo que describe de sí mismo en su "Carta al padre" sintió su vida como un fracaso. Así lo da a entender en un bello párrafo de esa carta con el que concluiremos:

"Casarse, formar una familia, aceptar todos los hijos que vengan, mantenerlos en este mundo inseguro y, más aún, hasta guiarlos un poco, es en mi opinión lo más que un hombre puede lograr en general. Esto no lo desmiente el hecho de que aparentemente lo logre con facilidad tanta gente, pues, en primer lugar, de hecho no lo logran muchos y, en segundo lugar, esos 'no muchos' por lo común no lo 'hacen' sino que meramente les 'sucede'...pero aún así es muy grande y muy honroso (sobre todo porque no es posible separar nítidamente el 'hacer' del 'suceder').

Y, justamente, esta indeterminación entre el 'hacer' y el 'suceder', que implica que en nuestro rol de padres (e hijos) seamos a la vez tanto activos como pasivos, es lo que caracteriza a la estructura inconciente 'padre'.

Bibliografía

1) Agamben, G. Profanaciones Adriana Hidalgo editora

2) " Estancias Pre-textos

3) Freud, S. Tótem y Tabú A.E. T XIII

4) " Moisés y la religión monoteísta A.E. T XXIII

5) Kafka, F. Carta al padre en "Obras Completas" T IV Edicomunicación S.A.

6) Loschi, A. Lo heredado, la tragedia, lo real de la castración La peste de tebas

Nº 45

7) “ Don, dinero y religión La peste de tebas Nº 17

8) Mauss, M Ensayo sobre los dones en “Sociología y Antropología”

Tecnos Madrid

[1] El significado de “avatar” según el diccionario de la R.A.E. es “vicisitud”, pero la segunda acepción es “encarnación terrestre de una deidad”, viene del sánscrito “avatara”: “encarnación de un dios”. Es sugerente que ese significado originario (encarnación de un dios) se haya derivado para aludir a una vicisitud, nefasta o favorable. El ‘avatar’ en una familia sería así como una epifanía de ese ‘dios’, la estructura inconciente ‘padre’.

[2] Como sabemos, en tal “novela” el neurótico se hace hijo de otros padres, generalmente nobles, de algún modo excepcionales.

[3] En nu